

Añorando la madrileña Dama de Elche



**T. MARTÍNEZ
BLASCO**

Arquitecto y
académico

Guardo en mi memoria que siendo joven, cuando me rogaban para cualquier solicitud de trabajo presentar el «currículo» pertinente, siempre solía ennoblecer mi ciudad natal, aludiendo al Misterio, a la Dama y al Palmeral. «De esto se trata» —pensaba entonces— «That is the question», como diría ahora; de exponer los tres tesoros que guardábamos en Elche, aquí escondidos a la humanidad entera.

Pese a todo, gracias al esfuerzo illicitano, ha variado rápidamente —nadie lo supondría— el panorama oficial. El conocimiento de una cuestión como ésta no se alcanza

«de bobilis bobilis». Así que gracias al empeño puesto por las autoridades, el Misterio y el Palmeral ya fueron redimidos. Falta, por último, entronizar a la Dama. Mas ¿cómo aplacaremos la obsesiva fijeza que hemos depositado en ella, esperando que el mundo conecte su imagen con nuestra ciudad y vengan los turistas a buscarla al paisaje de Elche? Sólo cabe encontrar un camino que mantenga trazado y cariz internacional. Es decir, una vía que nos lleve a conseguir otro tercer «Patrimonio de la Humanidad». ¿De qué manera? Situando en Elche un gran centro arqueológico, un polo atractivo, especializado en el arte ibero. ¿Será difícil la aventura?

Creo que valores históricos los contamos de sobra. La Alcudía puede significar el ventanal simbólico que nos abra a la curiosidad del mundo. Sólo tendríamos que impulsar allí un gran centro públi-

co de investigación y desarrollar también un estimulante museo, como se ha hecho en las Cuevas de Altamira. Más aún: se sembrarían en tal foro todos los acontecimientos concernientes a la cultura ibérica. Me refiero a fijar congresos, seminarios y reuniones internacionales que aglutinarán a gente estudiosa preocupada por conocer esa población ibera que dio nombre a España.

Resulta superfluo señalar la importancia que tendría tal museo. En su recinto se expondría lo que ya tenemos: la mejor colección de cerámica ibérica existente en el mundo, salida de los yacimientos de La Alcudía. Y también la estatuaria, tocada de gracia, hallada en estas mismas pródidas excavaciones. Y, para el campanillazo final, nos haríamos con una exacta reproducción de la Dama de Elche, cosa que hoy es técnicamente posible. Después de

todo, semejante camino es el que han seguido en las Cuevas de Altamira y el que nosotros debiéramos repetir, puesto que sabemos que allí, en Santillana del Mar, no se visita la cueva originaria. Parten de una desnuda verdad. Lo importante no consiste en presumir de la autenticidad del producto, sino de enseñar a la gente lo que supuso crear un arte catalogado como magistral; y en convencer a los interesados de que acudan a las ciudades capaces de posibilitarlo.

Con tal propuesta, barrunto que únicamente entonces podríamos pedir el tercer «Patrimonio de la Humanidad» para ese «centro ibérico y su Dama». Y ya fuertes con él, sugerir a los de Madrid cambiar la residencia de la Dama, empadronada como madrileña. Lo mantengo. Dispondríamos de una buena instalación para arropar con acodo su busto. Un lugar donde el

misterio de su rostro se explicaría mejor, reconociendo de cerca el punto donde se produjo la aparición de tan perfecta escultura. Y, por fin, otra razón que haría trizas cualquier cuestión de dominio. Así de claro. Tendríamos el orgullo de que, al pronunciar «Dama de Elche» cualquier ciudadano del mundo —digo bien leyendo su apellido—, sabría el interesado acudir al atrayente sitio donde buscarla.

Por tanto, revestidos de semejante manantial de argumentos, intentaríamos entonces romper el centralismo inveterado que se cierra ante nosotros. Haríamos comprender a los del Museo Arqueológico Nacional que son ellos quienes deben poner en la copia de su vitrina ese letrero tan simple: «Reproducción de la Dama de Elche, busto que se halla instalado en el Museo Ibérico Nacional, ubicado en la ciudad de su nombre». □